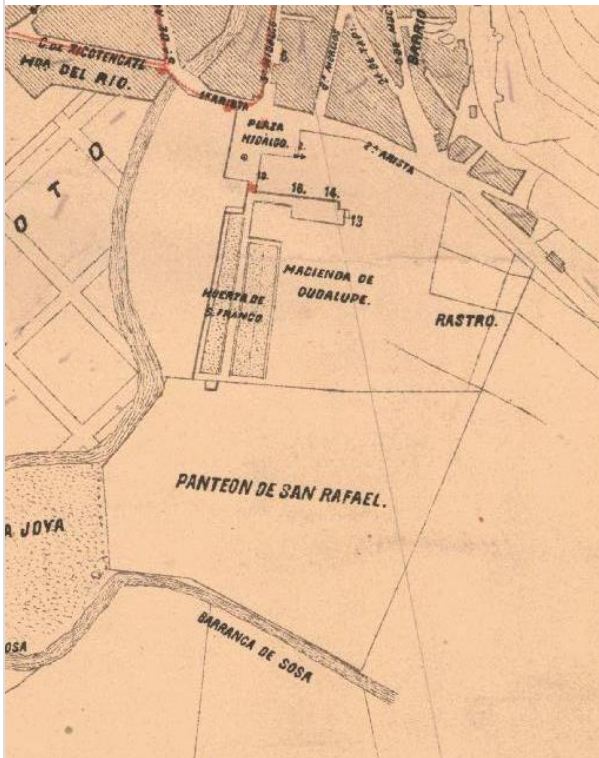





# COCARINAH

---

Boletín del Centro INAH Hidalgo / Cuarto Trimestre, 2024 / Núm. 17





# OCARINAH

---

## PRESENTACIÓN

**C**erramos de la mejor manera nuestro boletín *OCARINAH* abordando temas relativos a la muerte: las ofrendas funerarias de la época prehispánica y los panteones de Pachuca, en alusión a la festividad de Día de Muertos que corresponde como una de las más relevantes de este cuarto trimestre.

Como es bien sabido, el de Día de Muertos es una de las manifestaciones culturales más representativas de México, donde convergen aspectos del culto a la muerte de la época prehispánica con aquellos de procedencia hispana introducidos a partir de la conquista y la evangelización. Se desarrolló durante el virreinato, pervive hasta nuestros días y adquirió adopciones en otras latitudes, circunstancia ampliamente considerada en la UNESCO para que en el año 2003 declarara a la celebración como Patrimonio Cultural Inmaterial de la Humanidad. El mejor ejemplo de peso en el estado de Hidalgo se tiene en *Xantolo, una celebración ancestral del Día de Muertos en la Huasteca hidalguense* cuyos diversos aspectos son repasados por Maricela Anastacio Cruz.

En los últimos años, además de celebrarse en el seno de los hogares del campo y las ciudades, también se realiza en otros ámbitos como las instituciones educativas, las dependencias gubernamentales y las empresas, con el ánimo de fortalecer las tradiciones. En este contexto, se inscribe la que emprenden anualmente los trabajadores del Centro INAH Hidalgo. En palabras de Sthepany Espinosa, autora del artículo *El Día de Muertos en el Centro INAH Hidalgo: tradición a través de sus altares*, se trata de una actividad donde “no solo funcionan como ofrendas, sino también como exposiciones vivas que nos invitan a reflexionar sobre la riqueza del patrimonio cultural inmaterial del estado y recordar el legado de los trabajadores del Centro INAH que ya no se encuentran presentes”.

Desde la antigüedad, en diversas culturas del mundo, la muerte adquirió el trasfondo religioso que perdura hasta nuestros días. El fallecimiento del ser humano conlleva un ceremonial de velación antes de ser sepultado en un campo previamente sacralizado, sitio donde los deudos habrán de erigir un monumento funerario en su memoria, cuyo aspecto dependía, y hasta la fecha depende, de su condición social y situación económica. Al imponerse el cristianismo en Mesoamérica a partir del siglo XVI, los espacios deseados para la inhumación fueron al interior y en los atrios de los templos, licencia que para el caso de los interiores perduró hasta finales del siglo XVIII y para los atrios de los templos de las ciudades se fue más allá de mediados del XIX. Un recorrido por los diversos camposantos que funcionaron en Pachuca, se encuentra en *Panteones de Pachuca*, revisión realizada por José Vergara a partir de información documental, donde hace un llamado a conservar los monumentos funerarios de la primera mitad del siglo XX conservados en el panteón de San Bartolo de Pachuca.

El artículo de Carlos Hernández Reyes en *Vasijas policromas Chorotega y Plumbate descubiertas en la zona arqueológica de Tula*, introduce las peculiares formas de ornamentación policroma de un tipo de cerámica producida en otros espacios de Mesoamérica, tuvo presencia en la antigua Tula a través del comercio; su valor plástico, seguramente fue la razón por la cual fueron colocadas en el contexto de una ofrenda.

José Vergara Vergara

## EL DÍA DE MUERTOS EN EL CENTRO INAH HIDALGO: TRADICIÓN A TRAVÉS DE SUS ALTARES

*Stephany Espinosa Guerrero*

La festividad de Día de muertos es una de las manifestaciones culturales más representativas de México, en la cual convergen e interactúan diversos actores sociales, permitiendo la creación de un espacio de conexión entre los vivos y sus difuntos. Su realización demanda una cuidadosa planificación, distribución de tareas e implica la profusión de una gran variedad de elementos como parte de la celebración de este ciclo anual. Esta tradición, cargada de historia y un sinnúmero de simbolismos, se convierte en una muestra palpable del trabajo colectivo que los trabajadores del Centro INAH Hidalgo realizan para preservar y difundir las expresiones culturales del estado. Cada año, la sede del instituto, el ex convento de San Francisco de Asís, en el municipio de Pachuca de Soto, se transforma en un espacio de homenaje y celebración a las diversas formas de festejar a los difuntos en las distintas regiones geoculturales que componen el estado de Hidalgo. Los altares de muertos, no solo funcionan como ofrendas, sino también como exposiciones vivas, que nos invitan a reflexionar sobre la riqueza del patrimonio cultural inmaterial del estado, ade-

más de servir como ofrenda para recordar el legado de los trabajadores que ya no se encuentran presentes.

El proceso de montaje de los altares es, en sí mismo, una manifestación de trabajo en equipo, por lo que, desde hace más de 20 años, desde gestores culturales e investigadores hasta el personal administrativo, técnico y manual del instituto, participan activamente en la creación de estos altares, fusionando sus conocimientos, habilidades y sensibilidad para dar forma a una ofrenda que rinde tributo a los difuntos, pero también que sirve como espacio de divulgación cultural. Cada elemento del altar es dispuesto con un profundo respeto y cuidado, siguiendo las tradiciones locales, mientras que, a su alrededor, una cédula de explicación proporciona contexto sobre las costumbres y las tradiciones de la región de Hidalgo que se destaca en ese año en particular.

El altar entonces, no es solo un acto de rememoración, sino también una herramienta educativa. Cada año el tema varía, basándose en una investigación exhaustiva sobre las celebraciones y ceremonias de diferentes regiones del estado, en la que las fotografías de los compañe-

ros finados, no pueden faltar. Para cumplir con esta actividad, los investigadores seleccionan una zona geográfica, analizan sus formas particulares de recordar a los muertos, con el objetivo de elaborar una propuesta de interpretación mediante un guion científico que permita montar un altar de muertos, a fin de promover y difundir el conocimiento del patrimonio cultural intangible y la diversidad de manifestaciones culturales en torno a la muerte en Hidalgo.

La investigación se efectúa dentro de las comunidades seleccionadas a través de una serie de entrevistas a informantes, para obtener un corpus general de cómo se monta el altar y su significado, así como las implicaciones simbólicas para sus miembros. Como resultado del análisis y tras el contraste de información recopilada de las fuentes históricas primarias y secundarias, además de trabajo etnográfico realizado a partir de las entrevistas efectuadas, es posible elaborar el guion, con lo cual es posible establecer una propuesta en la que convergen la totalidad de las interpretaciones cosmogónicas en torno al altar de muertos en el municipio o región seleccionada.



Trabajadoras del Centro INAH Hidalgo durante el montaje de un altar de muertos.  
Fotografía: Stephany Espinosa Guerrero

Por otro lado, además de la gestión de insumos y recursos, el Área de Difusión Educativa del Centro INAH gestiona la participación de representantes de esa región para estar presentes en su inauguración, además de extender, por distintas vías de comunicación, la invitación al público en general. De este modo, la comunidad tiene la oportunidad de dar a conocer las formas singulares en que se honra a los difuntos en su región, ampliando su comprensión sobre la diversidad cultural que conforma el Día de Muertos en Hidalgo. Por su parte, los museógrafos son los encargados de diseñar, crear y montar la estructura, además de acomodar los insumos en su lugar

basándose en el guion antes mencionado; sin embargo, el proceso de montaje implica la colaboración activa de todo el personal del centro, por lo que cada trabajador desempeña una tarea en la creación de este altar. Así, el trabajo en equipo se convierte en una parte esencial de la celebración, ya que la participación colectiva refleja el compromiso de cada uno con la preservación de las tradiciones. Este enfoque, que resalta la diversidad de las prácticas funerarias en el estado, contribuye no solo a la preservación de las tradiciones locales, sino también a su difusión, ayudando a consolidar el Día de Muertos como un patrimonio cultural inmaterial en constante evolución;

mientras que el altar se convierte en un espacio donde la memoria colectiva se celebra y se preserva para las futuras generaciones.

En definitiva, para los trabajadores del Centro INAH Hidalgo es una celebración colectiva que involucra a la comunidad del propio centro, a los habitantes de las distintas regiones y a su vez, se extiende a los visitantes, para admirar y reflexionar sobre la riqueza de las expresiones culturales de Hidalgo.

A raíz de la pandemia, el montaje de los altares quedó temporalmente pausado, como parte de las medidas de prevención y cuidado de la salud. Durante ese periodo, la celebración no pudo llevarse a cabo en la forma tradicional; sin embargo, acatando las restricciones y con la voluntad de retomar las tradiciones, los trabajadores reiniciaron la activación de este valioso proyecto.

El montaje del altar de muertos no solo mantiene vivas las tradiciones, también se instaura como un acto simbólico de resistencia cultural, a través del cual se reafirma el compromiso del Centro INAH Hidalgo con la preservación y difusión de las tradiciones del estado, así como un recordatorio de que, a pesar de los desafíos, las expresiones culturales siempre encuentran un camino para renacer y fortalecerse.

Por lo anteriormente expuesto, ofrecemos una breve semblanza de las últimas dos representaciones efectuadas

por el personal del Centro INAH, las cuales corresponden a los municipios de Chilcuautla y Molango de Escamilla.

### **Altar de muertos del municipio de Chilcuautla: comunidades de Texcatepec, Boxaxni y Tlacotalpilco**

El municipio de Chilcuautla se ubica al sur del Valle del Mezquital, caracterizado entre otras cosas, por su paisaje montañoso y seco, además de la diversidad de manifestaciones populares que convergen en su territorio.

El día de muertos constituye una práctica cultural de suma importancia, en la cual participan diversos actores y elementos, ya que, según su cosmovisión, durante esta temporada, los difuntos tienen la posibilidad de regresar a casa para convivir con sus familiares.

El inicio de los preparativos para el arribo de los difuntos comienza el 18 de octubre, día de San Lucas, en que se monta un altar para aquellos que murieron en circunstancias trágicas.

El altar se pone sobre una mesa, cubierta por un mantel nuevo, con un tamaño en proporción a la cantidad de personas que se van a recordar y no lleva niveles.

Los alimentos que se colocan corresponden a lo que más les gustaba comer en vida al difunto, pero también dependen de las posibilidades de cada familia y se acompaña por una vela de cera o veladora por cada difunto que se espera, floreros con



Informantes de la comunidad de Chilcuautla, Hidalgo, colaboran en el montaje del altar de muertos tradicional de su comunidad.

Fotografía: Stephany Espinosa Guerrero

cempasúchil. También se pone comida y velas para aquellas almas de los muertos que no tienen familia.

Durante y al culminar el proceso de hechura del altar, se “inciensan” todos los elementos.

El arco está compuesto por matas de maíz tierno, adornado con flor de cempasúchil. Por otro lado, al pie del altar se coloca un órgano con ceras, además de un plato con aceite y un pábilo para “refrescar” a los finados en su trayecto, seguido de un camino de flor de cempasúchil que va desde donde está el altar hasta la entrada de la casa para guiar a los muertos, además de cinco coronas, de las cuales 4, son redondas y están hechas con rama de sauz y decoradas con cempasúchil, mientras que una quinta lleva una cruz en medio.

El 31 de octubre a las 12:00 del día llegan los “angelitos”, es decir los niños, a quienes se recibe con cuetes, para marcar su llegada. Se ponen chocolates, dulces y juguetes. El 1 de noviembre arriban las almas de los adultos, a quienes se les recibe con rezos y finalmente, emprenden su regreso el 2 de noviembre, que es el último día, por lo que después de las doce, hora en la que se retiran, se levanta el altar, se reparte la ofrenda y posteriormente, se llevan las coronas y flores al panteón.

Informantes:

- Laurentino Olguín Cruz
- Florencio Escamilla García
- Juan Pérez Serrano
- Esteban Martín Cano

- María Ortiz Pérez
- Felipe Martínez Serrano

### **Altar de muertos de Molango de Escamilla, Hidalgo**

El municipio de Molango de Escamilla se ubica en la Sierra Alta del Estado de Hidalgo, caracterizado entre otras cosas, por la exuberancia de sus paisajes montañosos y la diversidad de manifestaciones populares que convergen en su territorio. Una de esas manifestaciones más representativa es la festividad de Todos Santos, tradición de suma importancia para los habitantes de esta región, ya que, según su cosmovisión, durante esta temporada, (comprendida del 31 de octubre al 2 de noviembre), los difuntos tienen la posibilidad de regresar a casa para convi-

vir con sus familias. Para su celebración, los pobladores inician los preparativos desde meses antes, y con ello, garantizan el buen recibimiento de sus seres queridos, lo cual implica el desarrollo de una serie de actividades, que a su vez involucra diversos elementos, saberes y conocimientos efectuados de manera sistemática en las diferentes fases.

En el mes de junio los campesinos preparan la tierra para sembrar la flor de cempasúchil y de pata de león. Posteriormente, a partir de los primeros días de septiembre, se comienza con la elaboración de papel picado para colocarlo en el altar. Asimismo, los primeros días de octubre, se elaboran ramos de flores hechas con papel crepe;

mientras que, en la última semana del mes, el olor del cacao tostado impregna las cocinas de la región, ya que se comienza la preparación de tablillas de chocolate.

El 30 de octubre se fabrica y se arma el arco con varas y se cubre con flor de cempasúchil y pata de león, además se le cuelgan pan y frutas. Ese mismo día se hornea el pan de huevo, así como el de angelitos, palomitas y canastitas.

Para esta región, el altar está compuesto por un cielo (rectángulo forrado de color azul, tela o papel nylon) que se pone en la mesa y se bordea con papel picado; dicho altar se coloca en un lugar especial para recibir a los difuntos, generalmente en la sala de la casa. Uno de los elementos más importantes que com-



Altar de muertos de Chilcuautla, Hidalgo  
Fotografía: Stephany Espinosa Guerrero

pone el altar es la ofrenda, la cual consiste de diversos alimentos, que son acompañados de fotografías de los difuntos a recordar, imágenes de los santos a los cuales la familia está encomendada e imágenes de la Virgen de Guadalupe y de Cristo, así como velas para alumbrar el camino de las almas, un sahumero con copal y un caminito de flores para que éstas no se pierdan.

De acuerdo con la creencia popular, el 31 de octubre a las 12:00 del día es el arribo de las almas de los niños difuntos, por lo que se le conoce como Día de los Angelitos, cuya llegada es anunciada con cohetes; la ofrenda que se coloca para ellos se compone de: chocolate, pan, dulces, nueces, etc. y en la tarde se agregan tamales de *xala* sin carne, los cuales reciben dicho nombre por la textura que tiene el mole de pepita de calabaza del que están hechos.

El 1 de noviembre es el Día de Todos Santos, nuevamente se reciben a las almas, pero ahora de los adultos. La ofrenda se complementa con más tamales, arroz, mole y galletas de frutas de horno y, por último, el 2 de noviembre, conocido como el Día de los Fieles Difuntos, las familias acuden al panteón donde reposan los restos de sus seres queridos para llevarles flores, ya que a las 12:00 del día las almas se retiran para volver hasta el próximo año.

Así es como se celebra la festividad de “Todos Santos” en el municipio hidalguense de Molango de Escamilla; ancestral tradición que, además de poner un altar con ofrenda para que los difuntos puedan alimentarse, es el medio que permite la convivencia en familia, ya que vivos y muertos tienen la oportunidad de departir durante esta

corta temporada. Por otro lado, tanto el proceso de elaboración del altar como las implicaciones de la celebración constituyen un patrimonio común, heredado de generación en generación, por lo que dicho conocimiento es enseñado a los habitantes desde niños, como una manera de darle continuidad a dicha tradición.



Altar de muertos del municipio de Molango, Hidalgo.  
Fotografía: Stephany Espinosa Guerrero

## ¿SABÍAS QUE?

### VASIJAS POLÍCROMAS CHOROTEGA Y PLUMBATE DESCUBIERTAS EN LA ZONA ARQUEOLÓGICA DE TULA

Carlos Hernández Reyes

La Universidad de Missouri, Columbia llevó a cabo de 1970 y hasta 1972 un proyecto de recorridos y excavaciones en la zona arqueológica de Tula. El proyecto fue dirigido por el arqueólogo Richard A. Diehl, quien tuvo como colaboradores a un grupo de alumnos de dicha universidad. Durante las excavaciones efectuadas en la localidad del Canal, descubrió una ofrenda de cinco vasos de cerámica plumbate de reflejos metálicos y cuatro de policroma Papagayo, también conocido como Nicoya policroma.

El arqueólogo Robert H. Cobean publicó las primeras noticias de este interesante descubrimiento en el texto denominado *La cerámica de Tula*, que forma parte de la monografía de Antropología

número 1 de la Universidad de Missouri. Las cuatro vasijas chorotega se encontraron en una especie de caja rectangular de adobe, junto con cinco vasijas plumbate. La más espectacular de estas vasijas, según Robert H. Cobean, es un profundo cajete semiesférico que se apoya en tres soportes cónicos decorados con líneas verticales de color naranja. En la parte media superior del cuerpo presenta una ancha franja perimetral decorada con cabezas de ave con el pico curvo y su ojo bien representados también, después de una delgada línea vertical blanca, aparece lo que viene a ser el cuello del ave, enseguida hay dos franjas horizontales encimadas que pueden interpretarse como el cuerpo del ave y arriba hay un



Cajete policromo decorado con una franja en que aparecen cabezas de ave esquemáticas y grecas escalonadas. Fotografía: Carlos Hernández Reyes

espacio crema donde está una especie de gancho del que se proyecta hacia atrás una figura curva quizás el ala. Estos elementos probablemente forman el cuerpo del ave y arriba, después de una línea de color claro, aparece una serie de grecas escalonadas.

Una segunda vasija es un vaso en color crema de cuerpo periforme con soporte pedestal, que poco después de la parte media superior, presenta dos franjas de color rojo delimitadas en la parte inferior y superior por otras más delgadas y el ápice tiene un friso delimitado lateralmente por líneas gruesas y un elemento en forma de cruz; estos elementos delimitan con una línea blanca el borde superior que es com-



Vasijas policromas chorotega, descubiertas en una ofrenda de la localidad del Canal, cercana a la zona arqueológica de Tula. Fotografía: Carlos Hernández Reyes





Detalle del ave esquemático del cajete.  
Fotografía: Carlos Hernández Reyes

pletamente de color naranja. La tercera pieza es un vaso cilíndrico con soporte pedestal decorado con grecas escalonadas de color negro y rojo, adornado con líneas inclinadas delimitadas por una ancha franja en la base y en la parte superior del soporte se encuentran dos anchas franjas de color naranja. Cerca del borde aparecen dos franjas de color naranja simétricas. El borde superior está decorado con líneas verticales delimitadas a los lados con formas

redondeadas con una línea vertical que las divide y en el espacio intermedio tiene tres pequeñas líneas verticales. El borde del vaso termina en una delgada línea naranja.

La pieza cuatro es un vaso cilíndrico con soporte pedestal decorado con grecas escalonadas, en la parte superior del soporte presenta dos franjas guindas que rodean el cuerpo del vaso, divididas por una línea de color claro. En la cima del vaso aparecen dos franjas de color naranja y cerca del borde hay una franja de grecas escalonadas.

Este tipo de cerámica no se había reportado antes del descubrimiento de las piezas chorotegas por la universidad de Missouri, pero posteriormente en los trabajos de rescate arqueológico que lleve a cabo en la zapata 2, un pequeño conjunto tolteca situado a la orilla del río Tula, aparecieron fragmentos grandes de vasos globulares policromos chorotegas. En las excavaciones llevadas a cabo

en un barrio alfarero tolteca, cuando se amplió el tramo norte del boulevard Tula-Iturbe, también fueron encontrados fragmentos de vasos de cerámica chorotega.

Las vasijas policromo Papagayo o Nicoya policromo, el plumbate y el cacao, según el arqueólogo Richard A. Diehl llegaron a Tula a través del sistema de intercambio o tributo.

La cerámica plumbate que se encontró junto a las vasijas chorotegas permite fecharlas en el Posclásico Tardío, probablemente en el año 1000 d.C., que se incluye en la fase Tollan propuesta por Cobean de 950 a 1150/1200 d.C. Este hallazgo permite establecer las relaciones comerciales que se establecieron en el pasado entre los toltecas y los chorotegas.



Vaso decorado de cuerpo periforme.  
Fotografía: Carlos Hernández Reyes



Vaso decorado con franjas y elementos cruciformes.  
Fotografía: Carlos Hernández Reyes

## Panteones de Pachuca

José Vergara Vergara

**P**achuca surge alrededor del año 1552 como consecuencia del descubrimiento de minerales de plata, convirtiéndose en un polo de atracción para españoles deseosos de riqueza y del arribo de mano de obra indígena para su explotación de los minerales forzada por repartimiento, y mestiza empleada por voluntad propia. Garantizar el orden gubernamental y cultivar la vida espiritual, fueron las primeras medidas implementadas por la autoridad virreinal, tan es así que dos años después del descubrimiento de las minas, ya despachaban en Pachuca un alcalde mayor y un escribano. Por su parte, el clero secular comenzaba la construcción de una capilla dedicada a Nuestra Señora de la Asunción, elevada al rango de parroquia en 1560. Durante el siglo XVI construyeron pequeñas capillas en las cuadrillas de las minas como Santa Veracruz e inició la construcción de la iglesia y del convento de San Francisco. Casi un siglo después, a finales del XVII, aparecería la capilla de la Virgen de Guada-

lupe, que en 1725 se convertiría en la capilla del hospital de San Juan Dios.

La parroquia de la Asunción reviste particular importancia para la historia de Pachuca por tratarse de la fundación religiosa más antigua de la ciudad. De su función sacramental da cuenta su archivo. Sus libros de registro de bautizos, matrimonios y entierros, son fuente de información para abordar aspectos de la dinámica social en este real de minas durante el virreinato y siglo XIX.

Como es bien sabido, el interior de estos templos y sus atrios estaban consagrados para la sepultura de feligreses que pudieran pagar su costo, práctica registrada en los libros de entierros parroquiales como en los testamentos de los vecindados en Pachuca; en estos últimos los testadores manifestaban su deseo de ser sepultados en el templo parroquial; aquí dos ejemplos del siglo XVI:

María López Carrillo, natural de la villa de Valladolid en los reinos de Castilla, mandó:

“...que si Dios Nuestro Señor fuere servido de me llevar de

esta presente vida que mi cuerpo sea sepultado en la iglesia principal de este real de Tlauhilpa”

Por su parte, Nicolás López, natural del reino de Hungría también mandó:

...que si Dios Nuestro Señor fuere servido de me llevar desta enfermedad que mi cuerpo sea sepultado en la iglesia mayor destas minas del real de Tlauhilpa y si fuere hora se diga por mi anima una misa cantada con diacono y subdiácono, ofrendada de pan y vino y cera y con su vigilia...

Sepultarse al interior del templo tenía su costo, quizás más elevado al de una sepultura en el campo santo del atrio. Ante esta situación el mayor número de habitantes de Pachuca en esa época encontraron reposo en el campo santo atrial de algunos de los templos mencionados. Regresando al atrio cementerio parroquial tenemos pocos datos acerca de él. La única referencia es una pintura de mediados del

siglo XVIII que representa el conjunto urbano de Pachuca, en esta se le observa resguardado por su barda por el frente y su costado poniente. Datos documentales señalan que el edificio de la Real Caja se encontraba cerca del campo santo atrial parroquial: "...al salir yo [Francisco de Zevallos Palacio, escribano de Su Majestad] de la Real Caja (...), advertí que la calle de dicha Real Caja estaba cargada de operarios de el Real del Monte, otros sentados a las orillas de el cementerio de la iglesia parroquial, plaza mayor, y en la pila de ella..."



La Plaza Mayor de Pachuca y la parroquia de la Asunción, detalle de una pintura de mediados del siglo XVIII. Mapoteca Manuel Orozco y Berra

Desconocemos cuándo fue suprimido el cementerio parroquial, pero debemos considerar que durante la segunda mitad del siglo XVIII el rey Carlos III prohibió los entierros en templos y conventos, disposición que en ciertos casos fue letra muerta en Pachuca. Al respecto, el atrio cementerio de la iglesia de San Francisco, todavía funcionaba en 1886, dado que en diciembre fue suprimido por la autoridad municipal. El cementerio estaba delimitado por una barda de dos metros y medio de altura, aplanada y rematada por arcos vueltos hacia arriba, con remates y almenas a intervalos, "...todo conforme a las reglas del arte, de manera que respondía a un verdadero ornato arquitectónico", muros que fueron demolidos.

La acción de clausura y demolición fue protestada por el Arzobispado de México, manifestando que:

...de una manera violenta e intempestiva fueron derrumbados [los muros] por orden del Municipio, según noticias, los muros o límites del atrio de la prenombrada iglesia de San Francisco, y que resguardaron el recinto en donde estaban y se habían con-

servado de muchos años atrás, sepulcros, túmulos y mausoleos, gran parte de ellos a perpetuidad y pertenecientes a diversas familias.

No hay quien no conozca la precipitación inaudita con que se procedió, al extremo de que muchísimas personas, resistiéndose a creer que así fuera, cuando llegaron a cerciorarse de lo que estaba sucediendo, ya en vano procuraron averiguar la suerte que cupiera a los restos de sus deudos, para recogerlos e impedir que se les dejara a campo raso y a descubierto, o se les depositara en una fosa común, según de ordinario sucedió: comenzada y casi a la vez concluida la demolición, pocos interesados lograron poner a salvo los restos que consideraron corresponderles, y esto en medio de mil premuras y angustias, ya por la falta o escases de recursos y por el desorden consiguiente a la festinación de la obra, ya por el peligro de confundir o equivocar los lugares y por el

de provocar más inminentemente una epidemia a causa de las exhumaciones tan sin discernimiento practicadas y por lo tanto fueron vistas con sorpresa y con el más marcado disgusto.



Fosas localizadas en el atrio de la iglesia de San Francisco, durante la nivelación del terreno realizada en 1979.  
Fotografía: José Vergara Vergara.

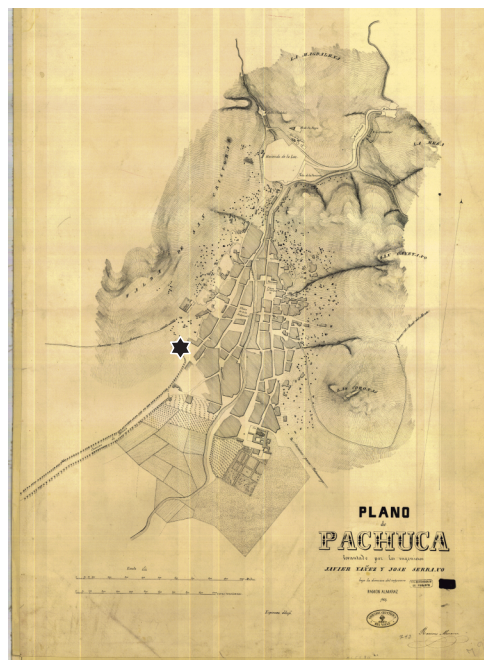
Al mismo tiempo que funcionaba el atrio de la iglesia de San Francisco como cementerio, Pachuca contaba con otro panteón, llamado de Barreteros. Su nombre implica la posibilidad de haber estado destinado a dar sepultura a este importante sector de trabajadores de las minas. El panteón estaba ubicado en el espacio donde actualmente se encuentra el mercado del mismo nombre. En el plano de Pachuca

levantado en 1864 por la Comisión Científica de Pachuca, se le observa fuera de la zona urbana, junto a una capilla. El panteón dejó de funcionar en 1881, y para 1896 el predio -ya dentro de la mancha urbana-, era ocupado por un improvisado mercado. Respecto a la capilla, el *Catálogo de construcciones religiosas del estado de Hidalgo* señala haber sido propiedad del señor José Guadalupe Lechuga y alrededor de la década de los años 1920, fue reconstruida y dedicada a la Virgen del Carmen -actualmente parroquia-.

En el contexto de la Guerra de Reforma se promulgaron las

llamadas Leyes de Reforma. A partir del 12 de julio de 1859, nacionalizó los bienes del clero, y con su aplicación, el gobierno federal enajenó o entregó los inmuebles de origen eclesiástico tanto a particulares como instituciones civiles. Así, el 10 de marzo de 1861, por instrucciones del presidente Benito Juárez se entregó al ayuntamiento de Pachuca parte del edificio franciscano para oficinas municipales, una cárcel, el hospital y un cuartel, así como su huerta y potrero para utilizarlos como paseo público y panteón.

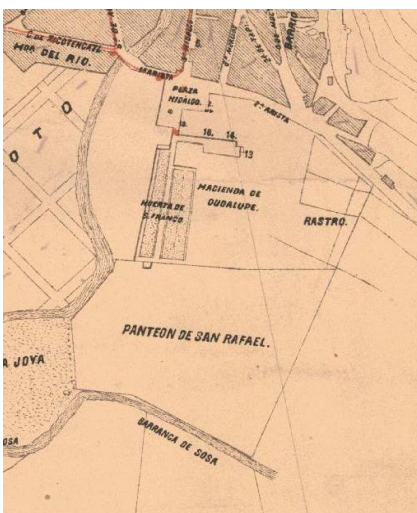
En ese contexto, en parte del terreno del antiguo potrero del convento y colegio de San



Plano de Pachuca de 1864; la estrella señala la ubicación del panteón de Barreteros en el contexto urbano de la época.

Mapoteca: Manuel Orozcoy Berra

Francisco se estableció el panteón de San Rafael. Para su funcionamiento, el ayuntamiento de la ciudad lo concesionó durante treinta años al señor Manuel Drusina, con el compromiso de que hiciese las adaptaciones necesarias. La posible participación del señor Simón Cravioto en la operación del panteón, motivo sospechas en el gobierno federal de que el panteón funcionaba con carácter privado, lo que tuvo que aclarar el Ayuntamiento de Pachuca. El panteón de San Rafael estuvo en servicio hasta 1901, en vista de que el panteón de San Bartolo entró en funciones en enero de ese año. Su clausura se debió seguramente a su saturación, resultado del crecimiento tanto urbano como poblacional experimentado por Pachuca durante el Porfi-



Detalle de un plano de Pachuca de 1892, donde se ubica el panteón de San Rafael. Mapoteca Manuel Orozco y Berra.

riato. Por decisión del gobierno estatal, en el terreno donde funcionó se pensó convertirlo en un parque público con el nombre de Alameda Juárez, aledaño al actual Parque Hidalgo, proyecto interrumpido por la Revolución Mexicana. Concluida la etapa armada, el predio fue lotificado para convertirlo en la colonia Francisco I. Madero, erigiéndose un monumento dedicado a su memoria, conservado hasta la fecha.

Para construir el panteón de San Bartolo, el gobierno estatal seleccionó un terreno de 30 hectáreas cercano a la comunidad de San Bartolo, junto al camino que conectaba a Pachuca con Actopan. En septiembre de 1898 se inició la construcción de su barda perimetral, terminándose el 27 de octubre de 1900; su apertura sucedió el 1 de enero de 1901, en tanto su portada se inauguró el 3 de noviembre de 1902, construida de cantera blanca de Tezoantla diseñada por el ingeniero Porfirio Díaz Ortega. La portada se divide en tres secciones verticales, delimitadas por columnas de fuste estriado y capiteles jónicos. La sección central es la más amplia compuesta por un gran arco de medio punto. En correspondencia con éste, en la parte superior se

labró un marco rectangular con la inscripción "Panteón Municipal" y arriba de este, sobre el pretil, se levanta un conjunto escultórico representando a la Caridad. Complemento a la triada de las virtudes teologales, las esculturas de La Fe y La Esperanza fueron colocadas en los nichos laterales. El sentido simbólico funerario de la portada se hace presente con las letras griegas Alfa y Omega, labradas arriba de los nichos, alusivas al principio y fin de la vida humana. Según datos proporcionados por la administración del panteón, desde su apertura y hasta hoy en día se calcula en 150 mil las personas inhumadas en el panteón de San Bartolo.



Monumento funerario de principios del siglo XX en el panteón de San Bartolo de Pachuca.

Fotografía: José Vergara Vergara

## DestINAH

### Xantolo, una celebración ancestral del Día de muertos en la Huasteca hidalguense.

Maricela Anastacio Cruz



Altar de muertos en la Huasteca hidalguense.  
Fotografía: Víctor Cerecedo

**E**l Día de Muertos es un rasgo cultural que identifica a México, esta celebración inscrita en el calendario religioso implantado en el país desde la época colonial, muestra la mezcla de la cosmovisión de los pueblos originarios con la religiosidad hispana.

En la Huasteca hidalguense, le llaman Xantolo, fiesta de Todos los Difuntos o fiesta de las Ánimas. Propiamente la festividad inicia los últimos días de junio con la siembra del cempasúchil, la flor emblemática del día de muertos. El 30 de octubre, conocido como el día de las

flores, las familias en sus casas inician el montaje del altar con el armado del arco con cañas, señal de que la fiesta ha iniciado. Sobre un mantel bordado con llamativas flores de colores se acomodan las fotografías de los difuntos que habrán de recordarse, ofrendándoles los platillos que fueron de su agrado, así como frutas, chocolate, tamales y pan de muerto; complementan la ofrenda con flores, veladoras e imágenes religiosas.

El 31 de octubre, día dedicado a los niños o angelitos, se barre la casa y el patio para colocarles un camino de pétalos de cempasúchil que los

guía y no pierdan el camino. El 1 de noviembre está dedicado a los difuntos adultos, se recibe con velas grandes que se prenden por la mañana. Para llamar a las ánimas se reza, se sahúma con copal y truenan cohetes. El 2 de noviembre, los difuntos regresan al mundo de los vivos, día en que las familias esperan el reencuentro con sus difuntos con deseo y alegría, de modo que acuden al panteón y visitan las tumbas de sus seres queridos; adornan con flores de cempasúchil, terciopelo y nube, colocan platillos y velas sobre ellas como una forma de iluminar el camino de las almas en su regreso, algunos habitantes llevan tríos huastecos para la convivencia.

El día 3, terminada la festividad, se intercambia las ofrendas y se consumen los alimentos que se prepararon. El Xantolo es una verdadera fiesta para los huastecos hidalguense, por lo que, si se tiene la oportunidad de ser parte de esta ancestral tradición y sumergirse entre los colores y sabores de la Huasteca hidalguense, ¡no la dejes pasar!



# NOVEDADES BIBLIOGRÁFICAS

Maricela Anastacio Cruz

## Retrato del Mezquital. Antonio Rodríguez y la imagen del otomí en la modernización del estado mexicano a mediados del siglo XX

Autor: Haydeé López Hernández, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 2023  
Pág. 340

Este libro, conformado por cuatro capítulos, tiene como eje principal la obra de Antonio Rodríguez. La autora analiza la obra periodística, literaria y fotográfica que el reportero de origen portugués y exiliado en México, que realizó a principio de 1950 en el Valle del Mezquital. El periodista presentó una imagen desnuda y cruda de esta región, mediante sus reportajes fotográficos publicados en el entonces espacio privilegiado de la cultura visual moderna de las revistas ilustradas en los que refleja una tierra de paisaje árido y desarraigado de una geografía y de una temporalidad concretas, metaforizándose en un escenario ideal de una ineludible y esperanzadora modernización.

Aunque en este libro la autora no hace una resignificación de la obra del periodista como tampoco un trabajo etnográfico de los otomíes, también realiza una reflexión histórica en torno a cómo se conceptualizaron como grupo étnico en la prensa y la

literatura de mediados del siglo XX a partir de la obra de Antonio Rodríguez sobre el Mezquital. Asimismo, con destreza y pericia en el delicado ámbito de la conceptualización y resignificación de lugares y gente, desgrana la compleja relación entre ficciones, realidades y testimonios. La autora recompone con minuciosidad el proceso de construcción de ese retrato del Mezquital, rescatando registros ocultos y un corpus fotográfico inédito y ausente de la escena para restituir contexto y temporalidad. Así, devolver y anclar esta región a la geografía y a la historia, de tal manera que el lector observe en el retrato del Mezquital como un constructor racializado que no responde sólo a los intereses del reportero, y tampoco encarna o reproduce de manera simplista los presupuestos conceptuales de la antropología o del Estado, sino que condensa algunas de las preocupaciones más relevantes del período de la modernización del Estado mexicano que se

encuentran insertas en la construcción del otro como un sujeto anclado de la pobreza y la marginación.



Portada del libro



## INAH – Comparte

### El monumento funerario de Tomasita

José Vergara Vergara

Se considera que la primera inhumación realizada en el panteón de San Bartolo de Pachuca, fue la de la niña Tomasa Cruz, fallecida a los 22 días de nacida. Según la inscripción de la lápida de su monumento, la niña Tomasita, como se le recuerda cariñosamente entre el personal administrativo del panteón, nació el 9 de diciembre de 1900 y falleció el uno de enero de 1901. El panteón conserva interesantes monumentos funerarios de las primeras tres décadas del siglo XX, que se requiere registrar y catalogar para procurar su conservación por el valor plástico que representan para la historia del arte funerario, acciones que resultan urgentes. Debido a la saturación que presenta el cementerio y a la demanda que tiene de fosas, se han comenzado a exhumar restos para reutilizar las fosas no reclamadas, lo que pone en riesgo la conservación de los monumentos más antiguos.



Monumento funerario a la niña Tomasita, en el panteón de San Bartolo.

Fotografía: José Vergara Vergara

#### DIRECTORIO INSTITUCIONAL

DIEGO PRIETO  
DIRECTOR GENERAL INAH

JOSÉ LUIS PERÉA GONZÁLEZ  
SECRETARIO TÉCNICO

RENÉ ALVARADO LÓPEZ  
COORDINADOR NACIONAL DE CENTROS INAH

BEATRIZ QUINTANAR HINOJOSA  
COORDINADORA NACIONAL DE DIFUSIÓN INAH

OSVALDO JOSÉ STERPONE  
DIRECTOR CENTRO INAH HIDALGO



Centro INAH Hidalgo

Casasola s/n, Exconvento de San Francisco  
Col. Centro, Pachuca, Hidalgo.

Teléfonos: 771 714 3520 y 771 714 3989  
Ext. 228001, 228002 y 228013

Correo electrónico:  
difusion.hgo@inah.gob.mx  
difusion.inahhgo@gmail.com

#### COMITÉ EDITORIAL

OSVALDO JOSÉ STERPONE  
DIRECTOR CENTRO INAH HIDALGO

JOSÉ VERGARA VERGARA  
PROFESOR INVESTIGADOR  
COORDINADOR

MARICELA ANASTACIO CRUZ  
APOYO

EL CONTENIDO ES RESPONSABILIDAD DE SUS AUTORES.

Agradecemos a Ana Fernanda Arciniega Morales por su apoyo en la revisión y corrección de los textos.